

FLORES Y RAYOS DE LUNA SOBRE EL RÍO EN PRIMAVERA

En los atardeceres está quieto el río.
En el espejo de sus aguas sin movimiento
se refleja la primavera.
Repentinamente una hoja se lleva a la luna,
y más tarde, llega la corriente impetuosa
cargada de estrellas.

Mario Osses dice en el prólogo de esta obra: «Poesía de lo pequeño, que pesa con peso de alma, ajena al tráfago y a la estridencia, halla el latido trascendental de la ingenuidad. La ingenuidad brota en los versos su emoción pálida, su acuarela de sentimiento sutil y sugerente». Medida, equilibrada, imprecisa, sugerente, emotiva, esta poesía nos llega a través de tantos siglos y distancias, como la mejor herencia del viejo Imperio de los lotos y los nenúfares, primavera del espíritu que floreció en el recogimiento y la serenidad y dejó flotando en el aire de la historia un torbellino de pétalos y de mariposas.—DAVID PERRY B.



<https://doi.org/10.29393/At271-21HASG10021>

«HISTORIA DE ALEMANIA PARA LOS PUEBLOS DE HABLA HISPANA»,
por *Veit Valentín*.—Editorial Sudamericana.—Buenos Aires,
Traducción de Ramón de la Serna

Cuando aún no se apaga el apasionado y entusiasta comentario que originara la magnífica síntesis de la «Historia Universal» de Veit Valentín, el eminente profesor, intelectual e historiador alemán, cuyo espíritu libre no pudo aceptar el sojuzgamiento del nacionalsocialismo y vivió en el exilio sus últimos años, la Editorial Sudamericana de Buenos Aires nos hace la entrega de la obra póstuma del genial autor: «Historia de Ale-

mania para los Pueblos de Habla Hispana», también correctamente traducida del original por Ramón de la Serna.

Para quienes están familiarizados con la historia tradicional aprendida en los programas de la enseñanza media y superior y aun para los especialistas, llamará la atención la extraordinaria perspicacia y rara facultad para la síntesis, originalidad y concisión con que el autor analiza y expone los fenómenos, como si fuera guiado por ocultas fuerzas instintivas que le van señalando el recto camino, en medio de aparentes o reales, inextricables complejidades. Sigue así al hecho histórico, el cabo suelto, que anuda dies ramente para explicarnos, con vivísima luz, lo que creíamos aislado, súbito o esporádico.

Ante los volúmenes de ominosa presencia para el profano, y aun para el estudioso profesional, en que se ha acostumbrado a anotar, a veces con mucha pedantería y falsa profundidad los fenómenos históricos, en una especie de sinfonía monorrítmica que a ratos nos produce invencible resistencia, Veit Valentin es el destello de luz que marca la ruta perdida o el diapasón exacto. Es por eso que nos atrevemos a aplicar a Valentín en nuestro tiempo, el juicio que mereció a Ferrero, Salustio, aquel agudo y genial espíritu del tempestuoso tiempo del triunvirato de Antonio, Octavio y Lépido. Salustio—escribe el autor de «Grandeza y Decadencia de Roma»—prestó un gran servicio a la cultura latina renovando en la historia artística, psicológica y racional el escueto relato de los anales, que constituía desde siglos la historia de Roma, historia tan árida y ridícula como esa pretendida historia crítica y científica a que ciertos pedantes aun quisieran reduciría hoy. Hasta Atico y Cornelio Nepote, para narrar los grandes hechos de la historia de Roma, habían seguido el método secular y comunicado los hechos secamente, año por año, como si los personajes de la historia sólo fuesen sombras y los acontecimientos un mero motivo de monótonas enumeraciones. Al contrario, Salustio, a imitación de los griegos y sobre todo de Tucídides, escribió una historia

psicológica y artística, en que se analizan las pasiones de los hombres, en que los personajes se ponen de relieve de una manera vigorosa y en que los sucesos referidos en orden racional son objeto de consideraciones filosóficas y morales». Entre el modo de referir la historia del texto de cátedra y el de Valentín hay, pues, la diferencia que va de un herbario a un campo florido lleno de matices y de luces.

Con la singular, y a intervalos apasionada violencia de la narración «valentiana», que ya conocimos en la «Historia Universal», el autor nos lleva fraternalmente—porque ha escrito para todos, no sólo para elites, gremios o congregaciones—desde los orígenes étnicos del pueblo alemán hasta nuestros días; hasta las horas tremendas de la segunda guerra mundial, sobre cuyo epílogo, de todos conocido, fulge aún como una esperanza de días mejores para la humanidad, aquella promesa para la paz y seguridad del planeta, que se formuló en la Carta del Atlántico, sobre las ruinas y la miseria que sembró el nacionalsocialismo.

Como experto guía, que se detiene sólo lo estrictamente necesario en lo trascendente y relega a segundo término o elimina lo menudo, el ripio, que para muchos fué materia y fuente inacabable de juicios e interpretaciones, Valentín nos hace sortear, en los capítulos finales, la primera guerra mundial y la efímera República de Weimar, hasta que hacemos alto conturbados, y con el alma entristecida, ante aquella llamarada de odios y rencores que desencadenó el nacional socialismo, hasta extraviar a la gran nación alemana por el cauce de un orgullo frenético y de locura colectiva de las masas, agitadas por aquel a quien llama «Maestro de Demagogia». Cae así uno de los pueblos más cultos del orbe al abismo de la más espantosa ruina para iniciar un proceso de expiación por culpa del delirio de grandezas de sus jerarcas, que si bien pagaron con sus vidas la osadía de erigirse en mentores de la Humanidad, jamás lograrán hacer olvidar la espantosa matanza en que casi se extingue la especie. Sus

juicios lapidarios sobre hechos y hombres que han ocupado la atención del mundo de los últimos años, constituyen acaso el documento más serio y cautivante que jamás hayamos leído.

De la obra, se levanta sin embargo una pregunta angustiosa. ¿Cuándo las Democracias del planeta, en una asociación de fuerzas sin precedentes en la historia, se levantaron para defender, como dijeron, el destino libre del hombre, frente al intento de tiranía mundial del nacionalsocialismo, como ya lo hizo casi solo e inermemente, hace miles de años el pueblo griego cuando en Platea, Marathon y Salamina detuvo la avalancha del omnímodo poder de la barbarie asiática, que representaron Darío y Jerjes, ¿combatían realmente contra las cuatro raíces que sustentaron en su expansión al Partido Nazi Alemán: el antiliberalismo, el antisemitismo, el anticristianismo y el antibolchevismo? Por lo menos en el mes de octubre de 1947 no podría decirse tan exactamente lo mismo que en 1942 o en 1943, ante los acontecimientos recientes de hoy, pues, habría que reducir sólo a tres, a las tres primeras, las premisas atacables del nacionalsocialismo.

Termina Valentin su admirable obra con una fervorosa reiteración de fe en el destino de Alemania, repitiendo una frase ya famosa en nuestros días: «Los Hitlers vienen y se van: un pueblo como el alemán queda».—S. G. M.



«EL HOMBRE DEL FUTURO», por el Dr. *Alejandro Reyes*

Siempre esperamos del delicado espíritu del Dr. Reyes un producto literario que le reflejara, que le retratara tal como es, en su apostura de sincero buscador de bellezas. Pero todo ello no nos hacía presumir, sin embargo, este agradable tomo de cortos ensayos, que creemos, con todo el respeto que su obra anterior nos merece, lo más brillante de su producción.